

El lugar del sujeto en la interculturalidad¹

Pedro Alzuru

Resumen: Esta intervención es una lectura inevitablemente determinada, circunscrita, desde una particular perspectiva, del lugar del sujeto en el contexto actual de globalización, posmodernidad, interculturalidad, etc. Pretende aportar algo en una discusión que a veces da signos de repetición, de volver a recursos agotados en la comprensión y el planteamiento de alternativas sobre el problema de las relaciones de América Latina con el resto del mundo. Sugiere que el lugar del sujeto latinoamericano, no obstante las especificidades, no es particularmente distinto al de cualquier otro sujeto: es el lugar que permite una cierta distancia de todo aquello que nos hace sujetos, de todas las "sujeciones identitarias", como única opción para ser verdaderamente sujetos éticos, responsables, identificados con nuestras pertenencias pero no ciegos ante sus errores ni incapaces de cambiar cuando es necesario.

Summary: This intervention is determined, an inevitably circumscribed reading, from a individual perspective, of the place of the subject in the present context: global, postmodern, intercultural, etc. It tries to contribute in a discussion that sometimes gives repetition signs, to return to resources exhausted in the understanding and the exposition of alternatives on the problem of the relations of Latin America with the rest of the world. It suggests that the place of the Latin American subject, despite the specificities, is not particularly different from any other subject: it is the place that allows a certain distance of everything what it does subjects to us, of all the "identitaries subjections", like only option to be truly ethical subject, responsible, identified with our properties but non blind before its errors nor incapable to change when it's necessary.

En su crítica del historicismo del siglo XIX, Nietzsche primero lo interpreta como el peso que ejerce la excesiva conciencia histórica que no deja acometer nuevos acontecimientos históricos y la consecuente necesidad de romper la monumentalización del pasado para poder actuar de nuevo; luego, desdramatiza esta visión y deja de entender los avatares del pasado como errores de la humanidad, parece entender que nada humano le es ajeno y asume su herencia como occidental. Esto le permite una visión piadosa del pasado.

En el ámbito teórico, en la historia reciente de las ciencias sociales y de la filosofía y aún en sus tendencias actualmente vigentes o en concurrencia, estimo que es necesario tener una actitud semejante. Si los debates se alimentan con las posiciones de los otros, es signo de ponderación tener una visión que estime la visión de los contrarios.

¹Este trabajo fue leído en el Coloquio Internacional: Perspectivas Interculturales en América Latina el miércoles 02 de julio de 2008 en la ciudad de San Felipe (UNEY, Museo Carmelo Fernández), Venezuela.

Esto vale en particular para todo lo que se ha dicho sobre el sujeto moderno. Las revoluciones burguesas del siglo XVIII pusieron fin a un largo periodo histórico que se remonta al mismo origen de Occidente en la Grecia Clásica y se prolongó hasta entonces. La modernidad ha sido acertadamente definida como desencantamiento del mundo, proceso civilizatorio en el cual el hombre occidental deja de creer que sus actos están dirigidos por los dioses y asume la responsabilidad de los mismos. Pudiéramos creer que justamente como resultado de ese proceso de des-construcción de la metafísica occidental el hombre iba entonces a ocupar el centro, pero ese lugar lo va a ocupar por muy poco tiempo.

Rápidamente van a surgir y a difundirse teorías que le van a quitar toda pretensión en ese sentido. El pensamiento de Marx, Nietzsche y Freud, la llamada “escuela de la sospecha”, va a operar como pensó el mismo Freud, una revolución Copernicana. Así como Copérnico quitó al planeta Tierra del centro del Universo, Darwin hizo que se dejara de considerar al hombre como la máxima expresión de la evolución animal y Freud terminó quitándole las certezas sobre el control racional de su subjetividad. En esto confluían, no obstante las especificidades de cada doctrina, también Marx y Nietzsche, juntos acabaron con el efímero reinado de la conciencia que desde entonces se hizo sospechosa: por ser pasto de las ideologías, por ser la voz del amo en nosotros, por estar escindida.

Heredamos este profundo proceso de *deconstrucción* del sujeto y lo prolongamos hoy agregando elementos que tiene que ver con todos los ámbitos de la vida humana en el planeta: desplazamientos de personas, mercancías e información, formas de organización de la producción y su consumo, construcción y distribución de los poderes, que marcarían una crisis definitiva de la subjetividad. Es en este contexto, particularmente en la década del '60 que surgen y se desarrollan hasta hoy teorías sobre el sujeto y la subjetividad que retoman las perspectivas de la “escuela de la sospecha”, las profundizan, las radicalizan, quizá las pervierten pero, en cualquier caso se hacen eco de los cambios que “la condición postmoderna” implica en el ámbito de la subjetividad, de la cultura, del arte.

Las teorías posestructuralistas, poscoloniales, posmodernas, psicoanalíticas, neo nietzscheanas llegan hasta a anunciar la muerte del sujeto, consecuencia lógica de la ya histórica muerte de Dios que tanta incompreensión le ha costado a quien simplemente la constató como hecho sociológico, no como tesis metafísica. Es en este ámbito que se hace

recomendable la perspectiva piadosa que antes señalamos. Entender que estos autores sólo en una recepción torcida pueden convertirse en partidarios del mercado anónimo, del determinismo neoliberal o cosas por el estilo. El proceso de autocomprensión del sujeto es un proceso a la vez constructivo y destructivo, es justamente una reconstrucción en la cual todas estas perspectivas valen. Y valen no solo porque permiten al sujeto confrontarse a un determinado enemigo político sino porque le permiten autoconstruirse como unidad que interpreta a partir de y no obstante los determinismos de todo tipo que implican la vida social de cualquier sociedad.

Por supuesto que de esta noción no es fácil desprenderse, se trata nada más y nada menos de cómo el hombre se autopercibe, de la respuesta a la crucial pregunta ¿quiénes somos? En los múltiples intentos que se han hecho y se harán para responderla encontramos afirmaciones ingenuas, apresuradas, edificantes, prescriptivas, desterritorializantes, reterritorializantes, todas ellas valen para la tarea siempre pendiente de responder a esa pregunta. Tarea siempre pendiente porque el sujeto no se define de una vez por todas, el sujeto es histórico, el sujeto es la historia de las respuestas a la pregunta por el sujeto, el sujeto es las múltiples y a veces concurrentes formas que ha tenido de autoperibirse. Solo podemos pensar que el sujeto siempre ha sido y será el mismo cuando tenemos una concepción metafísica.

Así como el sujeto tiene problemas cuando la sociedad es reducida al mercado y al “determinismo neoliberal, que somete la complejidad de la economía al juego financiero de inversiones sin rostro” (García Canclini, 2006:147), también los tiene ante el determinismo populista que somete la complejidad de lo social al juego demagógico de un solo rostro. Se cuestionó a las Teorías de la Dependencia o a la Dependientología que marcó hace unas décadas la interpretación de la situación social, política, cultural, latinoamericana, su énfasis en las causas exteriores de nuestros males: el imperialismo, el orden económico mundial, las desigualdades en el desarrollo tecnológico y científico, etc.; y su descuido de las causas internas. Estimamos que aún hoy, en tiempos posmodernos de globalización y de hibridación, se cae en este sesgo. No podemos obviar estas causas externas y no podemos dejar de combatirlas pero obviamente podemos ser mas eficaces interviniendo sobre lo que está en nuestras manos, lo que depende de nosotros. Este es un principio que debe regir tanto el “cuidado de sí” de cada sujeto en cualquier sociedad como el cuidado de sí que deben tener las naciones en el contexto mundial.

En este último asunto, lo que pueden hacer cada una de las naciones latinoamericanas por sí mismas, en todos los aspectos de la vida social y humana, no estamos teniendo cuidado, no estamos partiendo del discurso de la verdad, estamos engañándonos, le estamos haciendo trampa a los otros y, lo que es más grave, nos estamos haciendo trampa a nosotros mismos.

El sujeto sobre todo debe reconocerse a sí mismo, debe tener “cuidado de sí”, el sujeto es el “cuidado de sí”, esa es su posibilidad de existencia, independientemente de las limitaciones que imponen el consumo, las manipulaciones mediáticas, gubernamentales, estatales, religiosas, etc. Si el sujeto ha existido ha sido porque se ha reconocido a sí mismo y ha sido siempre con limitaciones; el sujeto es el relato, la ficción que nos hacemos de nosotros mismos. La actitud crítica o resignada depende del juego que le permitan las determinaciones y sus capacidades de autoconstruirse, entendiendo que toda cultura, que todo sistema social quiere reproducirse como sistema, como cultura, y en el alma de cada uno de sus miembros. Ese querer reproducirse, en democracia, tiene que ser persuasivo no compulsivo.

Si hoy creemos asistir a una disolución más agresiva de la subjetividad, por los procedimientos genéticos y comunicacionales que favorecen la invención y simulación de identidades, no debemos olvidar que la historia de la humanidad está llena de momentos y lugares en los cuales las diferencias también podían costar la libertad y la vida. Si la digitalización de los servicios, las migraciones forzadas, la inseguridad laboral, etc., generan hoy impotencia y vulnerabilidad en el individuo, es bueno recordar que no hace mucho estábamos en manos de los dioses, de las *moiras* y de poderes totalitarios y que de esa tentación totalitaria no estamos exentos, que el discurso de la igualdad y de la inclusión con mucha frecuencia hace yunta con la práctica de la exclusión.

La masificación cultural, la competencia exacerbada, el liberalismo salvaje han llevado a plantear la necesidad de controles, verificaciones, aduanas que eviten la simulación de identidades y nos lleven a creer de nuevo en la igualdad prometida; pero de promesas incumplidas está llena la historia de Occidente, no en juego se ha dicho que las utopías realizadas se han convertido en pesadillas. Las *deconstrucciones* nietzscheanas, marxistas, psicoanalíticas, estructuralistas y posmodernas, contribuciones estimables que nos han llevado a la forma en que hoy nos percibimos en tanto que sujetos, aunque hoy

critiquemos sus excesos y derivas, no son comparables con la capacidad de destrucción masiva, literal, del sujeto que han tenido los estados, los gobiernos, los imperios, las ideologías, las religiones, los partidos políticos. No son comparables con la pérdida del Estado de Derecho que caracteriza lamentablemente aún hoy a las naciones latinoamericanas: “El Estado de Derecho es aquel por el que se rigen las autoridades de una nación y al cual están sometidas las normas legales y constitucionales. Es el que garantiza la independencia de poderes y que las leyes se apliquen a cada ciudadano por igual” (*“La Asamblea y el TSJ vulneran el Estado de Derecho”*, entrevista a Tatiana Maekelt, Presidenta de la Academia de Ciencias Sociales y Políticas de Venezuela, Vanesa Gómez Q. El Nacional, domingo 29/06/08, p A-4).

Es dudoso que “El entusiasmo posmoderno por la ficcionalización de los sujetos, por el carácter construido de las identidades” (García Canclini, 2006:150) tenga un rol significativo en los males de la globalización y de la migración de los latinoamericanos, nos parece en cambio que el carácter de letra muerta que tiene el Estado de Derecho, la no independencia de los poderes y el trato legal desigualitario, si están claramente entre las causas que obligan a millones de latinoamericanos a buscar otros horizontes y, ¿por qué no? a asumir otras identidades, otras narraciones y actuaciones, en otros contextos, sean lúdicos o de riesgo. Es posible que el travestismo no sea un modelo para todos, pero eventualmente estamos forzados a asumirlo y en cualquier caso debe permanecer como un derecho, como una elección personal. Si para convivir en sociedad es una condición que haya sujetos responsables, también es una condición que las instituciones, los Estados, los gobiernos, garanticen el marco jurídico donde se pueda asumir esa responsabilidad. Hay muchas formas y muchas motivaciones para hacer desaparecer a los sujetos responsables, y estas no son sólo de los sujetos ni se encuentran, a nuestro modo de ver, sólo ni esencialmente, en las nuevas Tecnologías de Información y Comunicación, ni en las estrategias de las transnacionales, del capital sin patria, aunque estos sean factores que debemos considerar.

Coincidimos con la preocupación porque haya un control en la producción y distribución de la información y del conocimiento y con que ese control debe modificarse, adaptarse a las formas que va asumiendo la noción de sujeto. Estamos efectivamente en un contexto de múltiples pertenencias, de migraciones masivas, de sujeciones híbridadas y crear aproximaciones metodológicas y filosóficas coherentes con este contexto ha sido una

característica de la tradición *deconstruccionista* del sujeto. Una muestra de ello es el itinerario intelectual de una de sus cabezas visibles, Michel Foucault. Si su concepción del poder lo llevó en algún momento a creer en la disolución del sujeto, producto no de caprichos egoístas sino del aplastante poder de las determinaciones sociales, debemos señalar también que dedicó los últimos años de su vida a la investigación sobre el concepto y la cultura del “cuidado de sí”, desde la Grecia del siglo VI antes de Cristo hasta la Roma del siglo III, cuando se inicia el ascenso del cristianismo en Occidente, precisamente buscando una respuesta para la situación del sujeto en el medio de la crisis de la modernidad. Esta investigación lo llevó a presumir, nada más y nada menos, que las luchas de los sujetos en las próximas décadas serán fundamentalmente contra las sujeciones identitarias. Sujeciones en las que son expertos, y de las cuales sacan mucho provecho, los populismos, los nacionalismos, los fundamentalismos en todo el mundo y en América Latina en particular, lo que aquí ahora nos interesa.

Somos herederos, en tanto sujetos tardomodernos, del proceso que durante los siglos XIX y XX marcó la inestabilidad de la noción de sujeto por el desprestigio de la conciencia. Ésta había constituido para la modernidad, el origen y fundamento de toda significación pero las ciencias sociales, pertinentemente, la entendieron como eco de determinaciones externas, reflejo, síntoma. El saber contemporáneo, que en gran parte se desarrolla a partir de Marx, Nietzsche y Freud, se edifica precisamente como sospecha de la conciencia, contra su pretendida soberanía.

Es a partir de esta revolución copernicana que Lacan (*Écrits*, 1966) puede adjudicar a los analistas la tarea de derribar la tradición filosófica que “de Sócrates a Hegel” privilegió la conciencia de sí. La crítica moral nietzscheana y el desenmascaramiento psicoanalítico descalifican la conciencia, afectando el conjunto de los proyectos filosóficos que fundaron en la conciencia las certezas del saber y acabando con la pretensión del sujeto de hablar y actuar desde un yo soberano.

A partir de la década de los '60, en esta tradición y con las contribuciones del psicoanálisis y de las perspectivas que aplican a las ciencias sociales los adelantos de la lingüística, la filosofía y las ciencias sociales se ocuparon sobre todo del descubrimiento y análisis de las *reglas*, las *estructuras* y los *códigos* que nos constituyen.

Ciertamente se han superado algunos excesos como el del economicismo marxista al querer simplificar la dialéctica entre lo material y lo ideal, condenando a la conciencia a estar siempre atrasada respecto de los hechos y convirtiéndola en un mero “reflejo” de la realidad. El estructuralismo pretendió también abolir al sujeto con su estrategia objetivista para analizar los fenómenos humanos, llegando a los extremos de plantear una noción del saber que excluía a los sujetos de la experiencia al entender que todas sus creaciones estaban organizadas por un inconsciente impersonal, de querer reducir la función de la antropología a “reintegrar a la cultura en la naturaleza, y, finalmente, a la vida en el conjunto de sus condiciones fisicoquímicas” (Lévi-Strauss, en García Canclini, 2006:154), curiosamente esta propuesta es casi literalmente opuesta al proyecto nietzscheano tantas veces referido de “entender la ciencia desde la perspectiva del arte y el arte desde la perspectiva de la vida”.

Ahora, esta sucesión de “muertes”, de Dios, de la Historia, del Sujeto, con todo y sus excesos, si lo vemos con la serenidad que permite el tiempo transcurrido después de sus anuncios, el acontecer histórico y teórico del final del siglo XX y del inicio del XXI, ha tenido un efecto, más bien positivo, a nuestro modo de ver, ha profundizado el efecto desmetafísico del proyecto anti-platónico-cristiano de Nietzsche, le ha puesto obstáculos serios a todos los intentos de reterritorialización. En verdad, nada ha muerto, todo se ha transformado, por esto Dios, la Historia, el Sujeto, etc., ya no serán lo mismo, precisamente porque se trata de nociones históricas; finalmente un sujeto ‘supremo’ tampoco transforma el orden ni tiene la capacidad de darle un sentido a la vida de todos. Sin subestimar la historia y sin ‘transformar el orden vigente’, el sujeto debe antes que nada ocuparse de sí, llegar a tener cuidado de sí, contra todos los poderes institucionales, aún y sobre todo entendiendo que estos poderes se han hecho carne en él, le son constitutivos, no se trata sólo de una lucha contra lo que está afuera sino sobre todo de una lucha consigo mismo.

La bibliografía sobre el abordaje de la subjetividad se ha multiplicado, se ha diversificado, algunos autores están de regreso de la virulencia de las décadas pasadas: se le critica, a las tendencias antes señaladas, que se restringieran a examinar fenómenos superficiales y descuidaran los aspectos creadores y semánticos en el uso del lenguaje (Chomsky); se reivindica el papel del sujeto de la enunciación con los aportes del marxismo y el psicoanálisis (Kristeva). Se revalida el aspecto creador de los sujetos

hablantes, al entenderse el lenguaje como producción más que como producto, operación estructurante en vez de inventario estructurado, sobre todo en el nivel semántico; se demuestra que el habla funciona como intercambiador entre el sistema y el acto, la estructura y el acontecimiento (Ricoeur, en García Canclini, 2006:155).

Evidentemente ser sujeto implica estar sujetado a estructuras ideológicas y a determinaciones de todo tipo, con distintos niveles de sujeción, es conveniente señalarlo, e incluso con la posibilidad de romper esas sujeciones, por esto no creemos que los sujetos reaparezcan, luego de su ocaso, sólo ni fundamentalmente, en los movimientos sociales (Castells,1980; Bourdieu,1998), si el sujeto se vuelve inteligible solo como colectivo y como militante en los conflictos sociales esa reaparición no hace sino confirmar sus sujeciones. Limitarlo a esto es insistir en las acepciones más pesimistas de la “escuela de la sospecha” y sus epígonos quienes ven en el sujeto solo un paquete de determinaciones sin ninguna capacidad interpretativa y electiva frente a esas sujeciones que así como le dan identidad también le dan la capacidad de desidentificarse. La historia no es una interacción ciega entre estructuras anónimas precisamente por eso, porque el sujeto no se entiende solo como colectivo.

El egocentrismo puede ser un defecto o un período en el desarrollo del niño pero también es un rasgo inextirpable del ser humano, de hecho muchas manifestaciones aparentemente altruistas de su proceder se evidencian luego como formas de su egocentrismo. Ese lugar condicionado y creador que es el sujeto, esa negociación permanente entre el *habitus* y la *praxis*, supone el egocentrismo. El sujeto desaparece precisamente cuando se piensa que sus elecciones y sus preferencias se explican sólo como reproducción de los papeles que le da el sistema social.

El sujeto ni es enteramente libre ni está enteramente determinado, su relación con las sujeciones identitarias, de nacionalidad, de clase, de género, de ideología, etc., que va del completo conformismo a la más radical negación, lo demuestra. Es tan obvio que pertenecemos como que podemos dejar de pertenecer, si el sujeto ha sido *deconstruido* también lo han sido la nación, las clases, los géneros, todas esas instancias que lo quieren sujetar.

Efectivamente Bourdieu se centra más en el *habitus* que en las prácticas, reduce su teoría social casi exclusivamente a los procesos de *reproducción*, no distingue entre las *prácticas* y la *praxis* y esto es porque no ve que si el *habitus* puede variar es porque así como existen los proyectos de las clases y de los grupos existen también los proyectos individuales, de cada sujeto. El lado activo de las prácticas subjetivas se evidencia en la capacidad que tienen los sujetos de cambiar y de acabar con sus sujeciones. Esa iniciativa obviamente puede ser, es, escamoteada por las ideologías, las religiones, las nacionalidades, por los “orígenes” y por los “destinos”, por todo tipo de pertenencias y de sujeciones. En y contra estas sujeciones se construye el sujeto, esto es lo que significa que las relaciones sociales no son relaciones entre cosas sino entre sujetos.

La interculturalidad, la transnacionalización material y simbólica, las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, las migraciones, la globalización, la enorme variedad de repertorios simbólicos y de comportamiento, son factores que se agregan a la configuración actual de la subjetividad y hacen ese proceso más complejo que antes pero no terminan en la desaparición del sujeto que hace unas décadas se vaticinó.

La *deconstrucción* operada por las teorías de la sospecha y por las teorías que las han sucedido hasta hoy así como la vida “en tránsito” que tanto preocupa a los que no quieren ver los cambios que han transformado la condición de la modernidad y en particular la subjetividad y la conciencia, la forma necesariamente histórica y cambiante que tiene el sujeto de autoperibirse, les hace olvidar las causas que generaron esa *deconstrucción*, el rechazo al ‘domicilio fijo’ (nación, religión, etnia, ideología, tribu, idioma, etc.), a la ‘casa por cárcel’ de la elección segura, con reglas fijas o cambiables por una sola instancia, a los fundamentalismos inaceptables en democracia, donde no obstante las diferencias y considerando esas diferencias, debemos funcionar con una ética común.

Entonces se sugiere un repliegue, una reterritorialización, se supone un sitio que no este marcado por las incertidumbres que produce vivir y pensar en este horizonte caracterizado por los mestizajes, los sincretismos, la hibridación, el nomadismo, el debilitamiento de las pertenencias, la relocalización de experiencias y conductas, la variabilidad de los seres, el desvanecimiento del origen y el destino; un sitio donde lo tradicional y lo moderno, lo culto y lo popular, la copia y el modelo levanten de nuevo sus

palizadas y los afectos sean seguros, donde reinen de nuevo la autenticidad y el espíritu crítico, donde se erijan de nuevo los fundamentos.

Por fortuna las lógicas del cambio y la tradición, como nos ha enseñado la antropología, no son tan esquemáticas, no hay cultura que no cambie ni donde cambie todo siempre; estas son más bien los extremos ideales en medio de los cuales se ubican todas las sociedades existentes hasta ahora, con distintos grados de cambio y tradición. Es más cómodo identificar que ser identificado, ser el que determina la confiabilidad del otro y no el que es objeto de sospecha, el que hace las preguntas no el que debe responder. Pero estos juegos de poderes se replican en todas las instancias sociales, desde el imperio hasta la familia y la pareja y, aparte de los sistemas filosóficos en su perfección ideal, sin confrontación con las otras perspectivas y con los hechos, no sabemos que se haya encontrado eso que permite distinguir entre las máscaras, que establezca las relaciones entre los hombres y entre los hombres y las cosas; esto es, la soñada racionalización del mundo.

La posmodernidad no es un festejo, llegar a una concepción posmetafísica es un esfuerzo vigente, el simulacro ilimitado no se ha implantado, el nomadismo, el desarraigo y la exclusión quizá han aumentado pero de ninguna manera definen a la civilización entera. Todos estos son rasgos, tendencias, deslizamientos que la crítica posmoderna nos ha mostrado y mejor es no confundir el dedo con el sol.

Tener derechos y no ser objeto de violencia, disfrutar de estructuras y leyes que garanticen la seguridad de los grupos y personas, dentro y fuera de su país es algo por lo cual los ciudadanos de todas partes del mundo deben indefinidamente seguir luchando. No es un orden ganado de una vez por todas, sino que se está haciendo y deshaciendo. En esto los países de América Latina tienen mucho que hacer, pensando tanto en el orden internacional como en el orden interno: haciendo valer los derechos internacionales, los derechos humanos, en un contexto donde sabemos que hay muchas máscaras y mucha incompreensión, privilegios que no se quieren perder y reivindicaciones que se quieren ganar; haciendo, sobre todo, que sus ciudadanos no sean pobres ni exiliados políticos.

Estamos lejos de la reciprocidad del derecho tanto a nivel nacional como a nivel internacional, el acoplamiento de los estados nacionales y la transnacionalización de los

flujos de capitales, bienes y personas no es nada obvio y lamentablemente no avanzamos conformando una ciudadanía regional y un bloque económico que permita a este sector del mundo una competencia leal con Europa, Estados Unidos y el resto del mundo.

Esa profundización de la democracia interna de cada país y de la región, esa consolidación de un ente regional que nos organice y nos ponga en escena, nos identifique en el ámbito internacional, de lograrse, harían que todos estos temores por el neoliberalismo, la globalización y la posmodernidad se desvanecieran.

El lugar geopolítico y geocultural desde donde se habla, aunque tratemos de explicitarlo, siempre va a ser cambiante, esto va a depender tanto de las alianzas estratégicas, coyunturales típicas de estos ámbitos, como de los deslizamientos reales que muestran precisamente que las identidades, antes de que se escleroticen y se conviertan en instrumentos ideológicos de las sujeciones, son identificaciones, caracterizadas por los afectos, por la cultura en su devenir, no obstante la institucionalización. Hay mucho contrabando también en la exaltación de lo subalterno.

Por esto el sujeto, cuya existencia es posible por lo social, por las instituciones, por los agentes de socialización, como señalan los manuales de sociología, una vez convertido en “uno entre tantos”, en “uno como los otros”, paradójicamente, también puede, y debe, estar en la capacidad de distanciarse de todos los “orígenes” y “destinos” que le quieran imponer; para algo hemos aprendido a sospechar (Marx, Nietzsche, Freud).

Con la libertad, la emancipación, el cambio, la justicia y otros relatos, sigue pasando mucho contrabando, no es para nada casual que se hayan hecho sospechosos. Es desde esta intersección que es el sujeto individual, cuya existencia no sería posible sin el colectivo, de donde pueden surgir –paradójicamente, repetimos – otras hipótesis y otros saberes. Todo colectivo quiere reproducirse, todo colectivo sujeta, todo colectivo tiende a reducirse a una parcialidad, a un comité central, a un jefe supremo.

Frente a los aparatos y sus discursos opresivos -evidentemente-, tanto como frente a los movimientos y a sus discursos que quieren representar la voz de los silenciados, las utopías de cambio y de justicia, acabar con la desigualdad y la discriminación -menos

evidentemente-, el único espacio que le queda al sujeto es la periferia, el sujeto no es sino periférico.

¿Periférico de que? No solo de las grandes metrópolis de Occidente, no solo de su cultura y de las transnacionales que la extienden por el mundo; no solo de las ideologías, las religiones, de todos los aparatos que dentro y fuera de su terruño quieren identificarlo, sujetarlo; periférico de todos los colectivos que le dan origen, sin los cuales no sería, no tendría identidad; pero al lado, no obstante y, si se quiere, en contra de los cuales debe mantener una sana distancia para ser un sujeto ético. Ser periféricos no es, en este sentido, algo que debemos lamentar.

Referencias

Néstor García Canclini, *“Quién habla y en qué lugar: sujetos simulados y posconstructivismo”*, en *Diferentes, desiguales y desconectados: mapas de la interculturalidad*, Gedisa, Barcelona, 2006, pp. 147-166.